

diendo con el incógnito Avellaneda al conocido escritor que, en su continuación del *Guzmán de Alfarache*, se llamó *Mateo Luxán*, en la Academia de los Nocturnos, *Atrevimiento*, y en la Universidad de Valencia Dr. Juan José Martí.

No sé hasta qué punto habré conseguido mi propósito; de todos modos, sirva lo dicho para probar á usted mi verdadero deseo de complacerle y el buen afecto que de antiguo le profesa su devotísimo amigo.

J. E. SERRANO Y MORALES.

Valencia, 25 de Mayo de 1904.

DON AMOS DE ESCALANTE

(JUAN GARCÍA)



I

Si yo intentase trasladar á estas páginas la fisonomía moral y literaria de don Amós de Escalante, no necesitaría buscar fuera de mi casa exacta y adecuada semblanza, á la cual forzosamente habrían de ajustarse los trazos de la mía para ser fieles á las puras y correctas líneas del modelo. Alguien de mi sangre, discípulo predilecto de *Juan García*, y digno heredero de algunas condiciones de su delicada musa, me prestaría el retrato que hace años bosquejó con toques rápidos y seguros, propios de quien estaba compenetrado con el alma de *su poeta*, que así le llama por antonomasia; poeta, no de los que se leen por curiosidad y recreo de horas ociosas, sino de aquellos otros, muy raros, que se convierten en guía espiritual de los que con ellos tienen afinidad innata ó electiva. Justamente ensalza este panegirista suyo á quien aludo lo que había de selecto y peregrino en aquella inteligencia tan culta y refinada, en aquel carácter de tan

varonil mansedumbre. El sutil y reflexivo artista, el intachable caballero, salieron de su pluma caracterizados con cuatro rasgos de gráfica precisión que, yo hago míos aquí por derecho familiar, como preámbulo necesario para lo que voy á discurrir sobre las obras del gran escritor montañés; porque si en todos casos el conocimiento del hombre debe preceder al del escritor, todavía importa más cuando entre uno y otro hay tan perfecta concordancia y armonía como la hubo entre D. Amós de Escalante y *Juan García* (1). Y ojalá que de tal pseudónimo

(1) D. Amós de Escalante y Prieto nació en Santander el 31 de Marzo de 1831, y murió en la misma ciudad el 6 de Enero de 1902.

Sus obras son:

—*Del Manzanares al Darro. Relación de viaje por «Juan García»*. Madrid, imp. de C. González, 1863; 8.º, 321 págs. y dos hojas más sin foliar.

—*Del Ebro al Tiber. Recuerdos por «Juan García»*. Madrid, imp. de C. González, 1864; 8.º, 410 págs. y tres hojas sin foliar, con el índice y erratas.

—*Costas y montañas. (Libro de un caminante), por «Juan García»*. Madrid, imp. de M. Tello, 1871; 8.º, 719 páginas y dos hojas más sin foliar.

—*En la playa (Acuarelas).—Marina.—Un cuento viejo.—Bromas y veras.—A flor de agua.—La Luciérnaga*. Madrid, imp. de M. Tello, 1873; 8.º, 306 págs.

—*Ave Maris Stella. Historia montañesa del siglo XVII, por «Juan García»*. Madrid, imp. de M. Tello, 1877, 8.º, 497 págs.

—*Amós de Escalante. (Poesías.)* Santander, imp. y litografía de *El Atlántico*, 1890 (así en la portada exterior; en

no hubiese usado nunca, pues con él dañó á la popularidad de su nombre entre las gentes, fuera de la comarca donde en todos tiempos sonó con honra su antiguo y verdadero apellido, tan bien llevado por él; y donde se puso majestuosamente el sol de su vida, fecunda en buenas acciones, en cristianos ejemplos, que bastarían para hacer venerada y venerable su memoria, aunque no la enalteciesen los frutos de su ingenio, que son también obras buenas, como nacidas al calor de un alma tan cristiana y hermosa.

«*Juan García* (escribía mi hermano en 1890) es un caballero antiguo, en todo cuanto este adjetivo tenga de encomiástico. Español hasta el fondo de su alma, en ella guarda todas las energías y respetos de los españoles de antes — de los españoles que se pudiera decir sin más aditamento—; su piedad profunda, su moral austera, su hondo amor y nunca quebrantada obediencia del hogar,

la interior dice: *Marinas.—Flores.—En la Montaña*); 8.º, 214 págs. y dos hojas sin foliar de índice. (Edición privada.)

Quedan muchos artículos suyos, dignos de ser coleccionados, en *El Día*, *La Epoca*, *La Ilustración Española y Americana* y otros periódicos de Madrid, y en casi todos los que en su tiempo se publicaron en Santander, especialmente en el *Boletín de Comercio*, *El Atlántico*, *La Tertulia* y su continuación la *Revista Cántabro-Asturiana*, etc.

aquella cortesía con los viejos y los sabios y rendimiento con las damas, rendimiento y cortesía llenos de respeto y que no nacen en los labios, sino adentro, sin que hagan los labios otra cosa que vestirlos, al pasar afuera, con dicción noble y correcta; tan lejana de la afectación cuanto de la vulgaridad.

»Tanto como español es montañés: apogado al solar como la idea al cerebro en que nace; pagado del alto linaje de que viene, no para otra cosa que para no obscurecerle y para probar con obras y pensamientos cómo se funda en algo el respeto de las gentes á un apellido, á un escudo, á una casa; prendado de su tierra, no con amor irreflexivo y ciego, sino avivador del alma y los ojos, que no lleva á escarnecer la ajena, sino sólo á elogiar la propia y poner en su servicio lo mejor del pensamiento y del corazón (1).»

Cuantos conocieron á D. Amós de Escalante, pueden responder de la exactitud de esta semblanza. Todos le encontraron como su biógrafo: «cortés sin adulación, discreto sin igual, agudísimo y grave á un tiempo, tan sutil en razones como claro y fácil en palabras.» De su amenísimo trato guardan muchos memoria en Madrid, donde pasó los

(1) Artículo de Enrique Menéndez y Pelayo, en el libro *De Cantabria*. Santander, 1890, págs. 15-17.

años juveniles, brillando con propia luz en la sociedad más distinguida. «Era el mejor educado de los hombres», me decía en cierta ocasión D. Juan Valera. Y entiéndase que el concepto de la educación no se aplica en este caso á apariencias que pueden ser vanas y frívolas, tras de las cuales suele esconderse un corazón seco ó un entendimiento vacío, sino á una perpetua disciplina del carácter y de la mente, disciplina que participa tanto de ética como de estética; á una generosa efusión de bondad nativa, que cuando se une al claro discernimiento de las cosas del mundo, embellece y transforma la vida en una obra de arte. De este arte fué consumado profesor aquel buen caballero en quien se encarnaba la hidalguía de la Montaña. Esta profesión de no afectada cortesanía, este cuidadoso anhelo de lo noble y exquisito, se juntaban en él (caso menos frecuente en hombres de mundo) con una rectitud de intención, con un sentido moral tan elevado, que la elegancia parecía en él una segunda conciencia. Lo malo le repugnaba, no solamente por malo, sino por feo, vil y deforme. Con el tesoro de bondad que tenía en su corazón, no podía menos de inclinarse al optimismo; pero indulgente con la humana flaqueza en los demás, era severísimo consigo mismo, aplicando este proceder á la literatura no menos

que á la vida social. Nunca el error festejado, la prevaricación triunfante, el mal gusto por deslumbrador que fuese, encontraron gracia ante sus ojos ni complicidad en su alma. Impávido vió pasar los más opuestos sistemas sin que flaqueasen un punto los fundamentos de su inquebrantable idealismo, de su patriotismo ardiente y sincero, que crecía con las tribulaciones de la patria; de su profunda fe religiosa, alimentada por una instrucción dogmática que es hoy rarísima en los laicos.

A sus principios conformaba las prácticas de su vida y el cumplimiento de sus deberes de ciudadano, siendo en lo pequeño y en lo grande uno de aquellos ejemplares varones cuyo prestigio de honradez y buen consejo refluye sobre un pueblo entero. Nuestro Santander ha conocido algunos de estos hombres: roguemos á Dios que hayan dejado descendencia, y que ella continúe labrando el edificio de nuestra tranquila prosperidad, ni envidiada ni envidiosa, como cumple á la seriedad y prudencia tradicionales en la gente cántabra.

Por acendrada modestia, que se compadecía muy bien con la justa estimación de sí propio; ó si se quiere, por cierto género de altivo y aristocrático pudor que acompañó siempre los pasos de su musa, puso empeño nuestro poeta en recatar á los ojos del vulgo

todo lo exterior y circunstancial de su persona, comenzando por su nombre, bien á sabiendas de que con esto se condenaba á obscuridad relativa. Pero esto mismo le dió libertad para explayarse en confidencias íntimas, nebulosas, discretas, rotas á trechos por inesperada luz; vagos anhelos de su mente juvenil; visiones de hombre del Norte en tarde lluviosa y melancólica; conflictos de la pasión antes ahogados que nacidos; y por término, la resignación suprema, la pía y serena tristeza, que no abate ni enerva el espíritu, pero le acompaña siempre. Su alma de poeta lírico (hora es ya de darle tal dictado) quedó estampada en sus versos y en su prosa, tan honda y eficazmente, que los relatos históricos, las descripciones de paisajes, los cuadros de costumbres, la fábula novellesca, cuanto trazó su pluma, está envuelto en una atmósfera lírica y líricamente interpretado, en la más alta acepción que puede tener esta palabra *lirismo*. La observación es en él precisa y exacta, como de hombre graduado y experto en Ciencias naturales; fidedigna la notación del detalle pintoresco; y, sin embargo, lo que en nuestro gran Pereda es cuadro de género tocado con la franqueza y brío de los maestros holandeses y españoles, es en Amós Escalante vaga, misteriosa y melancólica sinfonía, que sugiere al alma

mucho más de lo que con palabras expresa. Ambos han visto la Montaña como nunca ojos humanos la habían visto antes que ellos; ambos la han amado con amor indómito y entrañable, y puede decirse que su obra se completa para gloria de nuestra gente, que, después de haber guardado un silencio de siglos, habló al fin por sus labios inmortales.

En su arte, era *Juan García* un anacoreta, un solitario. Muchos trataron familiarmente con él, sin sospechar el gran escritor que en él había. El, que nada tenía de hurtaño ni esquivo; él, dispuesto siempre á interesarse por la producción ajena, cerraba con cien llaves la suya; á nadie hablaba de ella; trabajaba á hurto de sus amigos; y sólo cuando sus obras habían llegado al punto de madurez que su finísimo y severo gusto nunca aceleraba, las ponía con noble timidez en brazos de la imprenta, recatadas todavía con el velo de un pseudónimo, que, por ser tan vulgar, parecía á muchos nombre verdadero. Hubo quien tachase de afectación estas precauciones; hubo quien le tuviese por escritor premioso y difícil, que suplía con artificios de estilo y erudición lo que le faltaba de espontaneidad nativa.

Injustísimos eran ambos cargos, cuando no dictados por la malevolencia. Escalante no era un principiante medroso; fué desde

su primer libro un maestro, y tal pareció á los pocos que le leyeron: tenía la conciencia de su fuerza; pero había puesto tan alto su ideal artístico, que siempre creía estar muy remoto de la perfección, y todo esfuerzo le parecía pequeño para acercarse á ella. No pertenecía á la raza de los escritores fecundos, ingeniosos y fáciles de contentar, que siempre han abundado en España, sino á la de aquellos otros más raros, para quienes el Arte no ha sido un pasatiempo, ni una vanidad, ni un oficio, sino culto perenne, laborioso afán de robusto y valiente artífice, siempre inclinado sobre el mármol. Así se engendró en él aquella superstición de la forma, sin la cual no hay poeta ni crítico perfecto. Esta dura labor ocupó los mejores años de su vida, y ¿quién dirá que fuese estéril, cuando, además de las poesías que ahora se imprimen, debemos á ella cinco libros en prosa, dos de los cuales habrán de ser textos clásicos el día en que los españoles vuelvan á aprender su lengua? Cuando el cumplimiento de otros fines de la vida todavía más altos que el fin estético, se impuso á Amós de Escalante con la imperiosa y categórica voz con que siempre hablaban en él los deberes, renunció á la literatura activa, porque era hombre incapaz de hacer las cosas á medias, y comprendía que el Arte es

deidad celosa que exige entera consagración y no se allana á compartir su imperio con nadie. No tiene otra explicación el silencio que, para desconsuelo de sus admiradores, guardó el autor de *Ave Maris Stella* después de la aparición de este libro, que es, como exactamente se ha dicho, «el diamante negro de su corona de escritor».

Solía acusarse él mismo de perezoso, aplicándose aquella sentencia de los *Proverbios*: *Desideria occidunt pigrum*. Y como avezado al análisis psicológico en la lectura y meditación frecuente de místicos y moralistas, hizo anatomía de aquel su estado de alma, no por cierto con mucha blandura, en el protagonista de su cuento *A flor de agua*, á quien pinta incansable é ilimitado en los propósitos y desidioso en la ejecución, «flotando en vaguedad perpetua, disipado, oscuro, transido de recelos y desconfianzas, falto de serenidad y resolución para fiar á nadie sus propias divagaciones, y las visiones que eran su constante y única compañía». Pero lo que aquí describe con el nombre de pereza ó acidia espiritual, era, más bien que el *tedium vite*, la generosa dolencia romántica, la fiebre del ideal, que él hubo de atravesar como todos los grandes espíritus de su generación, y de la cual siempre conservó reliquias, porque ningún poeta digno de este nombre con-

valece enteramente de ella. Su pereza no era más que una forma de su ingénita melancolía, pero á diferencia de otros muchos vates de su escuela (si es que tuvo escuela alguna), no la alimentaba con ensueños vanos de infecundo y enervador egoísmo, sino con fantasmas consoladores, que eran trasunto ó símbolo de realidades altísimas. La religión y la vida doméstica le habían enseñado el precio de las virtudes sencillas. El trato familiar y cariñoso con la Naturaleza le había mantenido robusto y sano de cuerpo como de alma; aventajado en todo género de ejercicios físicos; nadador de los más intrépidos de la costa; andador incansable, á quien eran tan familiares nuestras montañas y nuestros valles, como los del Alta Italia, mucho antes de que se hubiese inventado el *alpinismo*. La contemplación de los monumentos y maravillas de otras edades; el estudio de la Historia patria, en que sobresalió tanto; la lectura de los grandes clásicos de todas las literaturas, eran para él fuentes inextinguibles de entusiasmo y de consuelo. Con tales condiciones, además de las que debió al nacimiento y á la fortuna, y, sobre todo, á su propia bellísima índole que le hacía grato á todo el mundo, alcanzó aquella limitada suma de felicidad que cabe en lo humano, y jamás el pesimismo ni la misantropía pu-

dieron encontrar albergue en su alma. Pero como era cristiano y era poeta, y nació en una era crítica y terrible para el pensamiento humano, tuvo que soportar, como todo hijo de Adán, grandes y espirituales dolores, tanto más acerbos cuanto sea más delicado y magnánimo quien los sufre; tuvo que luchar con las insidias del error y con las propensiones de nuestra naturaleza caída, saliendo victorioso, pero desgarrado, de la lucha. No es maravilla, pues, que su voz venga empapada en lágrimas, y que haya más tormentas y brumas en su poesía que días serenos y auras bonancibles.

No fué ni pudo ser poeta popular, sino esencialmente aristocrático, como lo era su temperamento. Cantó para pocas y selectas almas; pero en su apartamiento y soledad estética no hubo ficción, ni alarde, ni impostura. Jamás afectó respecto de los triunfos ajenos la indiferencia desdeñosa con que suele encubrirse la soberbia impotente. Pudo decir, como el gran poeta alemán, que había andado por muchos caminos, pero que nadie le había encontrado en el de la envidia. Tenía la grande, la envidiable cualidad de estar siempre descontento de sus obras, y de ver con rara perspicacia los aciertos de las ajenas. Pero nunca la admiración le convirtió en secuaz de nadie; á nadie sacrificó la integri-

dad de su criterio ni la castidad de su musa. Con pocas concesiones que hubiera hecho al gusto dominante, habría sido mucho más famoso y leído; pero tuvo suficiente valor para esquivar aplausos que, por otra parte, no desdeñaba, y se retrajo en su mundo poético, que parecía tan pequeño y era tan grande. Bajo la alegoría del *Martin-pescador*, dijo de sí mismo:

Yo nací para volar
En un cauce montañés,
De altos troncos á los pies,
Donde suene cerca el mar...

Tranquilo, casi feliz,
Me albergo en angosto nido,
Bien guardado y mal tejido,
De un aliso en la raíz...

Nunca, aun oyéndolo hablar,
Fué gusto ni intento mío
Llegar por el cauce al río
Y por el río á la mar...

Nuevas del mundo me traen
Voces que las selvas tienen,
Flores que en las aguas vienen,
Hojas que del árbol caen...

Odio el ruido, paces quiero,
Y por solo y por callado
De adusto y malhumorado
Me moteja el pasajero.

Mas ¿á quién pudo agraviar
Que el cauce su fondo esconda?
El agua, cuanto más honda,
Se deja menos mirar...

Si ofrece triunfos la tierra,
Y celebrados y nobles
Medran laureles y robles
En lo áspero de la sierra,

Brindan en aguas del cauce
A mi vivir lo preciso,
Las cortezas del aliso
Y los renuevos del sauce...

Pues negó á mi condición
Naturaleza discreta,
El pecho de la cerceta
Y las alas del halcón,

¿A qué buscar en los cielos,
A qué pedir á los mares
Aire más rico en azares,
Vida más puesta á desvelos?

¡Tentación de muchos es,
Ancho mundo, en ti soñar!
Yo nací para morar
En mi cauce montañés.

Modesto era al hablar así. La Naturaleza no le había negado ninguna condición de escritor, salvo acaso cierta desenvoltura, resolución y firmeza que impera y subyuga á todo género de lectores. Pensaba y soñaba juntamente, y al velarse sus pensamientos con las sombras del ensueño, no podían ser enteramente diáfanos. Impone saludable atención al que lee; pero nadie dirá que esto sea un demérito. Puede serlo la falta de precisión á veces, cierta especie de niebla que envuelve los contornos de sus figuras. Era poeta lírico

aun escribiendo en prosa, y lo era de especie muy sutil y etérea, más musical que gráfico, á pesar de lo avezados que sus ojos estaban á la contemplación de las maravillas del color y de la línea.

La densidad de su prosa, que no es defecto, sino exceso, tenía sus hondas raíces en una cultura de las más vastas y más sólidas que en escritor español he visto; cultura de la que no hacía el más mínimo alarde, pero que le proporcionaba continuos goces espirituales, y daba nervio á su entendimiento, ritmo á su estilo, peregrina novedad y gallardía á sus sentencias y discursos. Consumado latinista, éranle familiares en su original todos los clásicos de la antigua Roma y aun algunos Padres de la Iglesia, y su lección y la de los españoles del buen tiempo, que diariamente refrescaba, le tenían como embebecido y hechizado. El se describe admirablemente bajo este aspecto en aquel Juan de *A flor de agua*, que tiene tantos rasgos suyos: «Lector desesperado, sin orden ni medida, en cuanto al asunto de lo que leía; pero sibarita exquisito en cuanto al estilo, sin cuya precisa gala y ornamento no había para su gusto libro tolerable ni escritura legible. Latín de San Jerónimo ó latín de Lucrecio, éranle iguales, puesto que la lengua en ellos era igualmente clara, sobria y enérgica. Jácara de Quevedo

ó discurso del venerable Granada, le deleitaban de la misma manera, porque en ambos hallaba su habla materna; su patrio castellano, rico, elegante, afuente y armonioso.»

No era bibliófilo, y en reducido estante cabían sus libros particulares y predilectos; pero rara vez vieron las bibliotecas públicas lector más asiduo. La antigua del Ateneo de Madrid le debió en gran parte su organización y catálogo; y allí, como en la Academia de la Historia, se pasaba las horas muertas, atento unas veces á lo antiguo y otras á lo moderno, porque en sus preferencias nada había de exclusivo, ni más ley y norma que el buen gusto estimulado por la curiosidad nunca satisfecha. Las literaturas inglesa é italiana, tan desemejantes entre sí, compartían el dominio de su espíritu, que recibió de una y otra muy provechosas influencias. Leía tan continuamente á Shakespeare como á Dante, á Walter - Scott y á Byron tanto como á Manzoni y Leopardi. Dado el temple de su alma, no podían contagiarle ni la soberbia más teatral que satánica del autor de *Childe-Harold*, ni la desesperada filosofía que en versos de inmortal y serena hermosura expresó el tétrico solitario de Recanati. Por eso pudo frecuentarlos impunemente; y quien lea con atención sus versos líricos, no dejará de reconocer de vez en cuando el mis-

terioso influjo, no sólo *formal*, sino sentimental, del mayor poeta romántico y del mayor poeta clásico del siglo XIX, absorbidos á pequeñas dosis y contrastados por una mente sana. De Byron llegó á poner en verso castellano trozos bastante considerables que acaso se conserven entre las hojas del ejemplar inglés de su uso. De los dos grandes maestros de la novela histórica, pero más del profundo italiano que del brillante escocés, recibió dirección y ejemplo para la suya. Apenas hubo cumbre del arte que fuese para él inaccesible. Conocía la *Divina Comedia* como un dantófilo de profesión, y salpicado está de reminiscencias de ella su viaje á Italia. Los versos de Shakespeare eran para él tan sugestivos, que sin esfuerzo los aplicaba á estados psicológicos suyos, para los cuales parecían nacidos, como es de ver en algunas páginas de *En la playa*. Pero el culto de lo grande no le hacía olvidar la curiosidad de lo pequeño. Había penetrado en todos los rincones de la literatura inglesa, cuyos libros le agradaban en extremo hasta por sus condiciones tipográficas. Y era de ver cómo se enfrascaba, por ejemplo, en la lectura de los novelistas del tiempo de la Reina Ana, tan poco familiares á los españoles, gustando mucho de Fielding y aun de Smollett, sin duda por la patente analogía que *Tom Jones*

y *Roderick Random* tienen con los procedimientos de nuestras novelas picarescas (1).

En Francia (donde tenía deudos), había recibido parte de su primera educación (2), y hablaba el francés con facilidad y pureza; pero como á la mayor parte de los españoles castizos (si han de confesar lealmente lo que sienten), le dejaban algo frío las elegancias y esplendores del siglo de Luis XIV, deleitándose mucho más en la literatura moderna (no precisamente en la contemporánea), y también en la literatura arcaica de la Edad Media y del Renacimiento, más inventiva y fecunda, más tumultuosa y desordenada, más afín á la nuestra, en suma. Tratándose de cualquier época, aun del siglo XVIII, que no era ciertamente el de su predilección, tenía gustos muy personales que no iban siempre al hilo de la gente, y eran indicio de gran distinción intelectual. ¡Cuán pocos españoles habrán leído el delicioso *Viaje á Italia* del

(1) Conoció bastante la lengua alemana y sus poetas para traducir con elegancia versos de Körner, de Rückert y de Uhland, que están en el tomo de sus *Poesías*. Pero otros estudios le distrajeran de éste, en que perseveró más su íntimo amigo Adolfo de Aguirre.

(2) Los estudios de latinidad y humanidades, que fueron capitales en su desarrollo como en el de todo literato digno de este nombre, los había hecho en Santander, en el Instituto Cántabro, del cual fué uno de los primeros y más aventajados alumnos. Véase el cariñoso recuerdo que le dedica en *Costas y Montañas*, págs. 276-280.

Presidente De Bosses, cuyas amenas páginas tanto regocijaban á Escalante! Recuerdo que nuestro D. Amós fué el primero que llamó mi atención sobre la importancia estética de los *Salones*, de Diderot, cuando yo tenía en poca estima á este corifeo de la Enciclopedia, que hoy me parece el escritor más genial y menos anticuado de su tiempo, á pesar de sus inmensas aberraciones de pensamiento y estilo.

No llegó en un día mi amigo, ni esto lo consienten las leyes de la vida, á la tranquila ponderación, á la curiosidad discreta, á la sabia ecuanimidad que realzaron las obras y las palabras de su madurez. Pero si alguna ilusión juvenil pudo conducirle por senderos que parecen los de la belleza artística y no lo son, su retorno á los eternos principios del buen gusto hubo de ser tan rápido, que ya en su primer libro, escrito en 1860 (1), hablaba con remordimiento de aquellas horas de su adolescencia empleadas en «lecturas desordenadas y mal escogidas»; y con una severidad que nadie esperaría de sus años, se manifestaba enteramente desengañado de ciertos ídolos de la mocedad romántica, reprobando «el artificioso plan, las filosóficas

(1) Tal es la verdadera fecha de las cartas que forman el libro *Del Ebro al Tiber*, aunque no se coleccionaron hasta 1864.

declamaciones, el espíritu mezquino de tantos libros, cuya lectura enfría el corazón, fomentando en él el desprecio de los hombres y un desordenado amor de sí mismo». En una nota del mismo libro (1), no menos curiosa por su carácter autobiográfico, habla de cierta *bohemia*, á la cual había pertenecido en sus años estudiantiles, y que tenía por ideal la *bohemia* de los artistas y literatos parisienses, y por autores predilectos á Balzac, Karr y Murger; extraña asociación de nombres por cierto. De estas sus admiraciones prematuras sólo quedó en pie, andando el tiempo, la de Balzac, entendido, por supuesto, de muy diversa manera que antaño. Y en cuanto al remedo de *bohemia*, no tengo la menor duda de que hubo de ser de lo más platónico y morigerado que entre mozos alegres, como lo pedía su edad, pero todavía más estudiosos que regocijados, pudiera encontrarse. Quien haya conocido á algunos de los tales *bohemos*, entre los cuales no es indiscreción recordar los nombres del delirante escritor santanderino D. Adolfo de Aguirre (hermano espiritual de Amós de Escalante bajo todos aspectos) y del sabio cuantado infortunado naturalista é investigador de la historia de América D. Marcos Jiménez

(1) - *Del Ebro al Tiber*, pág. 141.

de la Espada, no dejará de sonreirse un poco de las travesuras juveniles que pudieron cometer aquellos excelentes varones, en quienes parecía innata la dignidad caballeresca, la cortesía y la modestia.

Había, no obstante, gérmenes de contagio en la atmósfera intelectual que entonces se respiraba, aunque comparada con la anarquía de hoy parezca inofensiva. Otras *bohémias*, ó círculos de literatos jóvenes, más ardientes y tempestuosas que la de Amós y sus amigos, fueron avallasadas teórica y prácticamente por la *mala cola* del romanticismo francés degenerado, y grandes ingenios se extraviaron algún tiempo por sendas de que casi todos llegaron á apartarse con gloria, bastando el memorable ejemplo de Alarcón para probarlo. Nuestro Escalante no tuvo que atravesar, á lo menos para el público, este terrible período de prueba y aprendizaje. Su holgada fortuna le ponía á salvo de todos los riesgos de la industria literaria, y jamás se le ocurrió convertir la producción poética en fuente de ingresos ó en medio de vida. Podía sentir y soñar á sus anchas, prepararse con viajes y lecturas, cultivar asidua y celosamente en el huerto cerrado de su alma la flor del ideal, y ser al propio tiempo espectador inteligente, pero nunca apasionado ni militante, del

conflicto de ideas, no sólo literarias, sino políticas, sociales, económicas, que agitaba á la juventud de su tiempo. Todo lo probó; pero sólo retuvo lo que era bueno, lo que podía traer nuevas armonías á su alma, no perturbarla con falsas visiones ó halagüeños sofismas, ni enconarla en estériles controversias. En las soledades á que su melancolía septentrional le llevaba con frecuencia, no eran los libros más ruidosos y celebrados los que solían acompañarle, sino otros de modesta apariencia, pero de cristiano jugo, de resignada y humilde poesía. Entre estos libros, recuerdo las *Prisiones*, de Silvio Pellico, y todavía más *El leproso de la ciudad de Aosta*, de Javier de Maistre, obra que leía periódicamente, y que tenía para él la unción de un libro devoto, estimando como providencial el día en que había caído en sus manos.

Entre los poetas mayores del coro romántico francés, Víctor Hugo le deslumbraba; pero no le conmovía ni le llegaba á las entrañas. Por Alfredo de Musset sentía una inmensa y compasiva ternura, admirando la sinceridad del sentimiento y el don de lágrimas que tuvo, y que hace inmortales las suyas, hasta cuando brotan de fuente impura. La frialdad marmórea, el endiosamiento solitario, el soberbio estoicismo de Alfredo de

Vigny, le retrajeron de imitarle, aunque tenía con él cierta analogía de temperamento sutil y refinado. El predilecto de su corazón fué Lamartine, alma tierna, elevada y contemplativa como la suya. La vaguedad, el pudor, el misterio de las confidencias líricas de nuestro autor, tienen, sin duda, algo de lamartiniano; pero no son derivación ni reflejo del gran poeta de las *Meditaciones*, de quien en la técnica le separaban abismos. Lamartine era la espontaneidad misma; era un raudal de elocuencia poética, excesivamente fluida, sinuosa y ondulante; *Juan García* era un artífice laborioso, algo premioso si se quiere, que aspiraba al dibujo correcto y firme, aunque no siempre le lograrse, y á quien no podía satisfacer del todo la manera regiamente despilfarrada de Lamartine, lo flotante y vago de su dicción poética, la inmaculada, pero algo monotonía, blancura de su estilo, que parece bañado siempre en cierta atmósfera láctea. Creo, sin embargo, que fué uno de los poetas que más amó y admiró toda su vida. De otros franceses posteriores hablaba poco, aunque siguió atentamente las evoluciones de la lírica entre nuestros vecinos. Hacía especial aprecio, y bien lo conocerá quien lea sus obras, de los idilios bretones de Brizeux, y de los *Poemas de la Mar*, del marsellés Au-